

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—  
Magdalena, poesía, por L.—Hay mas allá, novela,  
por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Leontina, por  
Matilde Bourdon.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION)

La experiencia me ha demostrado que el darles las cosas usadas es, ó bien hacer la caridad á medias, porque si es ropa blanca en seguida se rompe, ó bien perjudicarles moralmente, habituándolos á llevar cosas que no son propias de su condicion ni cubren sus verdaderas necesidades. Yo vendo todo lo que se puede vender y con su importe compro cosas nuevas, las que considero más convenientes para cada uno.

Sé que es muy general dar á los criados las

prendas de deshecho y que éstos hasta llegan á mirarlas como propiedad suya; pero mi buen cura, mi sábio preceptor, que siempre me enseñaba á buscar el resultado moral de las más insignificantes acciones, me demostró hasta la evidencia que estas dádivas imprudentes son nocivas, tanto para el que las da, como para el que las recibe.

Recuerdo que cuando yo era jovencilla tenia una doncella buena, sumisa, inteligente, á la cual consideré de mi deber darla en premio unos de mis vestidos, y creí efectivamente haber hecho una gran cosa, viendo sus extremos de alegría y su viva gratitud al recibirlo.

—Has hecho mal, me dijo el cura; has hecho muy mal, hija mia. Hay en todas las mujeres, sin escepcion ninguna, un instinto innato de coqueteria. Juana es mujer, y tú has dado pábulo á su inocente vanidad, que puede tomando creces, conducirla al precipicio.

Considera que con ese vestido cuya tela es muy fina, cuyo dibujo es claro y de un gusto esquisito, necesitará un cuello y unas mangas de moda, un lazo de cinta, un velo, y otras

mil cosillas que no guardan armonia con su traje ordinario, y que pueden despertar en su alma la pasion del lujo.

Ya sabes que tengo la manía de buscar en las cosas pequeñas el origen de los grandes males que nos afligen: tal vez me taches de visionaria, pero yo creo que si una de las clases más respetables de nuestra antigua sociedad se ha trocado en la mas degradada y hostil y desgraciada consiste principalmente en que nuestros criados de hoy han abandonado su modesto traje caracteristico, y la mudanza del traje ha originado la mudanza de ideas, costumbres y aspiraciones; y estas, desequilibrando los gastos con los recursos, han producido la desmoralizacion más completa. Hoy no se ven aquellas sirvientas honradas y leales, que entraban de jovencillas en una casa, y permanecian en ella hasta que Dios las llamaba á sí, adhiriéndose á sus señores como la yedra al olmo, y siendo en su vejez las segundas madres de aquellos niños, que habian mecido sobre sus rodillas.

A lo mas dejaban á sus amos para seguir á sus maridos; pero ni aun así jamás echaban en olvido su fidelidad, su amor y su respeto á los primeros. Tipo hermoso y venerable, y ya por desgracia perdido, el de aquellos antiguos criados que se identificaban con la familia á la cual servian, regocijándose con su regocijo y tomando una parte activa en sus desdichas.

La culpa de este cambio la tienen los amos, á quienes, como mas ilustrados, cabe mayor responsabilidad: la tienen porque no los consideran ya como á hijos, y quizás la tengan tambien, porque dando un sesgo torcido á las ideas de caridad y tolerancia, los han sacado de su centro, fomentando su orgullo y sus malas pasiones, sin enseñarles la moral y la virtud.

Y si nó, analicemos el caso presente: Juana es buena, es sencilla y te quiere, pero es jóven, y como es natural, le gusta vestir bien. La has dado ese traje, que aunque usado, ha sido magnifico, y como verás, se apresurará á emplear sus cortas economías en comprar los demas accesorios que puedan hacer juego con él.

Hétela aquí, qué radiante de alegría, el domingo va á misa, complaciéndose en escitar la admiracion y la envidia de sus toscas compañeras.

—Que bien estás ¡pareces una señora! la dicen todas en coro.

Y la pobre Juana, creyendo que lo que constituye una señora es el vestido, le parece que solo porque lo lleva, ha mejorado ya de condicion. Y ¡ay! del cerebro en el cual penetra una idea ambiciosa, porque tarde ó nunca podrá desalojarla ya de allí

Por la tarde va al baile, pero con su lindo traje, ¿como á de bailar con Pedro, que es un mozo de labranza, y viste de paño burdo, y con sus movimientos bruscos se lo puede hacer mil pedazos? Instintivamente sus ojos se apartan con desden de Pedro, al cual acogia muy bien el dia anterior, y se fijan en un almibarado señorito.

—Qué buena pareja haria con él! piensa, y el demonio del orgullo añade en el fondo de su alma, y ¿por qué no? ¿que diferencia hay entre yo y mi ama?

Porque has de tener en cuenta, hija mia, que estas pobres muchachas carecen de instruccion, y solo pueden juzgar de las cosas por su buen ó mal sentido. Y no me digas que ahora aprenden á leer y á escribir, porque la letra, no comprendiendo su espíritu, es una letra muerta, que nada vale y nada significa.

Si el señorito, por desdicha, corresponde á sus miradas, la infeliz está ya irremisiblemente perdida.

Primero querrá que su traje de los dias de trabajo guarde analogía con el de los dias de fiesta; luego aspirará á poseer otro igual al primero, para lo cual no le bastará su modesto haber. Entonces empezará por ser ingrata contigo, exigiéndote un salario más crecido, ó saldrá de tu casa y mudará ciento, y como á medida que le aumenten el salario crecerán sus necesidades y su ambicion, se verá por fin obligada á recurrir á la sisa, al robo, á la prostitucion, á la infamia.

Hè aquí lo que tal vez hayas hecho de Juana al regalarla tu vestido.

Eso, prescindiendo de que cuando ménos des-

de que se considere igual á tí, oyendo decirse que parece una señora, ya se mostrará díscola, rebelde, negligente. Créeme: el dia que un individuo de la sociedad adquiere una cosa superior á su estado, aquel dia decide del porvenir de su vida, porque esa le hace necesaria otra, y otra, hasta que sus progresivas necesidades le conduzcan al abismo.

Pero si ese traje le hubieses vendido, y en su lugar hubieses comprado á Juana un buen manto de abrigo ó un lindo vestido de percal, ambas cosas la hubieran hecho un magnífico servicio y te las hubiera agradecido el doble porque hay una intencion mas marcada de obsequiar, gastando el dinero, que desprendiéndose de una cosa usada y de la cual tal vez estábamos ya cansados.

Despierta además con esto su interés y su egoismo, porque contando con tus desechos, siempre le parecerá largo el tiempo que los utilices, y quien sabe si un desgarron o una mancha de mala fe acortará el término de sus servicios.

Para que los que nos rodean no cometan pecados, es un acto de caridad quitarles la tentacion.

Esto me dijo el buen cura, y la esperiencia me probó la exactitud de su consejo. Juana se hizo poco más ó menos lo que habia pronosticado, y me fué preciso despedirla.

De allí en adelante, aun á riesgo de que me tachasen de avara, no dí á nadie una sola hilacha; pero en cambio, con el producto de mis ventas, puedo hacer de vez en cuando útiles y acertados regalillos. Lo mismo sucede con los pobres: ¿qué harian los infelices con seis de estas camisas de holanda usadas, que romperian á la primera postura? No es mejor darles una de lienzo gordo y fuerte, que les servirá durante mucho tiempo?

Pero aquí ya hemos concluido nuestra inspeccion: subamos á los desvanes.

Oh Julia, no sé si te parecerán pesados estos pormenores, á tí sobre todo, que no tienes casa todavia. Voy, pues, á dejarte descansar, y como indemnizacion del fastidio, te diré que el cariño que te profeso se acrecienta á cada instante.

## XXVI.

¡Ah picarilla! ¡Conque te interesan vivamente los detalles que te doy, porque piensas tener pronto una casa y aspiras á labrar la felicidad del hombre que ha hecho palpar por primera vez tu corazon!

Bien: yo me alegro de eso, porque al fin para casarse ha nacido la mujer; pero piénsalo mucho antes de abrazar un estado que es el paraíso ó el infierno de la vida.

Examina antes detenidamente si el hombre á quien eliges es digno de tu afecto; procura inquirir, no si es rico ó pobre, sino si es bueno y honrado, porque sin honradez y sin bondad no hay dicha posible en este mundo.

Consúltalo al instante con tu bondadosa tia, pues ¿en qué corazon mejor que en el suyo, que arde en deseos de verte feliz, podrás depositar un secreto que acaso decida de tu suerte? ¡Dichosas las jóvenes que no desdeñan los sábios consejos de la esperiencia, y que cual los tiernos renuevos, se arriman al viejo tronco del árbol que les ha dado vida para que éste los ampare con su protectora sombra!

Pero en tanto que te resuelves á darme más pormenores sobre este secreto que me has prometido revelarme, voy á proseguir con mi relato.

Llamamos á Antonio, y subimos los cuatro á los desvanes, los cuales se dividen en tres piezas grandes y ventiladas, en donde reinan, como en todo lo demás de la casa, la limpieza y el buen orden.

En la del fondo hay cajones y armarios que sirven para guardar las legumbres secas y alrededor de la habitacion se ven grandes bazares sobre los que están colocados los frutos de invierno.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## MAGDALENA.

(CONCLUSION)

En clarísimo día  
del monte de Betsaida, vé en la cumbre,  
Magdalena, apiñada muchedumbre,  
que la palabra de Jesús oía.  
Nunca, hasta aquel momento,  
el solemne, tranquilo y dulce acento  
pudo escuchar del hijo de María,  
ni contempló su varonil belleza;  
ni la santa pureza  
que en su mirada celestial ardía.  
Y con pausada voz, firme y sonora,  
con ademán sencillez y majestuoso,  
dice Cristo á la turba pecadora  
que le escucha en silencio respetuoso.  
«Hijos vosotros sois del Ser Divino  
que la ley de las *tablas* dió á Judea,  
de la virtud seguid por el camino  
que Él os trazó, por aspero que sea.  
No me manda mi padre á castigaros,  
que me manda á enseñaros,  
las preces á escuchar de los que imploran,  
los ojos á enjugar de los que lloran  
y á morir en la cruz para salvaros.  
Mirad al Rey que os anunció el Profeta;  
soy el hijo de Dios, soy el Mesías  
que el rayo apaga, que la mar aquieta,  
del viejo amparo, de la infancia guía;  
si al cadáver inerte  
resucitar le ordena la voz mía,  
rompe las ligaduras de la muerte  
y el sello eterno de la tumba fría.  
No llevo manto régio, cetro de oro,  
ni diadema altanera,  
la humildad y el amor son mi tesoro,  
mi ley, la ley de la virtud severa;  
mis próceres serán los desgraciados,  
y sin lanzas, ni aceros, ni soldados  
vengo á regir la humanidad entera.  
Si de la tierra os hieren los abrojos,  
al alto cielo levantad la frente;  
si escandalizan vuestros propios ojos,  
las pupilas cegad con hierro ardiente.  
La obra que á Dios complace  
no sirva de satánico trofeo:  
perseguid el pecado cuando nace  
y en los pligues se oculta del deseo,  
porque en verdad os digo  
que acuda á mi presencia

del niño con la cándida inocencia  
el que al cielo subir quiera conmigo,  
y destierre del alma la venganza  
y vuelva bien por mal á su enemigo,  
yo soy la caridad, soy la esperanza.  
Haced el bien y sin alarde vano,  
sin ostentosa muestra:  
que ignore la siniestra  
el que ejecute la derecha mano.  
De la opulencia la dorada llave  
no abre la puerta de mi sacro templo,  
desprecie la riqueza quien me alabe:  
yo que el precepto doy, doy el ejemplo.  
Vedme humillado, sin vivienda, pobre;  
que tiene el pez bajo la mar salobre  
su mansión escondida,  
tiene su pardo nido el ave tierna,  
la selvática fiera su caverna  
y hasta el insecto vil tiene guarida.  
Solo Jesús, que ha predicaros viene  
la religión de paz y de pobreza,  
solo el hijo de Dios, ni piedra tiene  
do recostar la celestial cabeza.»

¿Con qué dulzura tan divino acento  
de Magdalena vibra en el oído!  
¿qué suave sentimiento,  
que misterioso amor desconocido  
su espíritu abatido vivifica?  
¿qué alito divinal la purifica?  
¿quién en tan breve espacio y de tal suerte  
en diáfano cristal barro convierte?  
¿cómo se vuelve á erguir la flor marchita  
al respirar el aura  
que el eco lleva de la voz bendita  
y el místico brillo de la flor restaura!  
¿Cómo recobra el virginal aroma  
de naciente capullo!  
figúraseme ver nivea palma  
que el camino olvidó del casto nido  
y escucha de improviso el tierno arrullo  
del compañero que creyó perdido,  
y con atento oído  
los ojos negros elevando al cielo  
hacia la amada voz dirige el vuelo;  
deja del valle las hojosas galas,  
rápida tras su amor se precipita  
y más ligero que sus raudas alas  
su alborozado corazón palpita.  
Pero, ¿qué nube de mortal tristura  
de Magdalena el rostro descolora?

y trunca en noche oscura  
 el claro albor de su rosada aurora?  
 tiembla, la frente baja, se retira...  
 ¿qué súbito pesar su pecho oprime?  
 con vergüenza se mira;  
 recordando su vida se estremece,  
 y el aire triste que en su torno gime  
 murmullo de sus culpas le parece.  
 Convulsa, al revolver en su memoria  
 de su agitada historia  
 los recuerdos livianos,  
 rasga el bello sendal que la engalana  
 y el rubor comprendiendo de Susana  
 el seno cubre con entrambas manos.  
 De entonces, por doquier Cristo marchaba  
 una muger de lejos le seguía  
 que ansiosa sus palabras aspiraba,  
 mas llegar á sus piés no se atrevía  
 y en raudales de llanto se anegaba.  
 ¡Cuán misera del alma es la existencia  
 al despertar de la embriaguez del vicio,  
 y al verse en el cristal de la conciencia  
 sumida en insondable precipicio!  
 Invisible semilla  
 suele á veces dejar el aura inquieta  
 de estéril roca en caprichosa grieta,  
 y brota allí modesta florecilla:  
 pródiga lluvia su corola moja:  
 pero el muro fatal que la sujeta  
 la seca, la deshoja,  
 y la raíz endeble  
 trunca y deshace de la planta feble:  
 tal, el mal arraigado  
 puro y sublime amor de Magdalena  
 no puede florecer: de su pasado  
 la durísima cárcel le refrena,  
 le ahoga, le envenena,  
 y se vé condenada  
 á abrigar el amor de los querubés  
 cuando no es digna ya de ser amada:  
 quiere volar y traspasar las nubes  
 y su vuelo entorpece  
 el cieno impuro que en sus alas pesa,  
 y gime, y se fatiga y palidece,  
 y su dorada cabellera mesa,  
 y en continuo suspiro desfallece.  
 Huye del vivo resplandor del día;  
 para llorar sus penas sin testigos  
 busca el silencio de la noche umbria.  
 Tan rápida mudanza,  
 de sus torpes amigos  
 desabrido desden tan solo alcanza:  
 sin alma alguna que en su bien acuda,  
 vé en la insolente faz del vulgo nécio  
 la irónica sonrisa de la duda,  
 la irritante mirada del desprecio:

quizá en su solitario desamparo  
 así pródiga se dice Magdalena  
 que es el don de la vida don bien caro  
 si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

Infelice muger arrepentida  
 que quimérico juzgas el deseo  
 de verte nuevamente enaltecida,  
 alza la frente, que en tu mal sumida  
 á tu lado no has visto  
 con lenta majestad pasar á Cristo.  
 Marcha, marcha en pos de él. De un fariseo  
 penetra en la morada,  
 de un hijo de Satan, del vil engaño.  
 ¡Regocijese el alma atribulada  
 viendo que el buen pastor deja el rebaño  
 en busca de la obeja extraviada!  
 ¿Nó recuerdas muger cuando decía  
 que no bajaba al mundo  
 á fulminar castigos iracundo  
 y que á salvar el pecador venía?  
 Sí: ya tu pecho alienta,  
 ya ansiosa te levantas,  
 y cual vá al manantial corza sedienta  
 corres tras él, te arrojas á sus plantas  
 y besando sus piés, viertes en ellos  
 balsámicas esencias celestiales  
 y en larga vena lastimero llanto:  
 los secan tus finisimos cabellos  
 y á las ánsias mortales  
 de tu rudo quebranto,  
 dando trégua un momento,  
 al Hombre-Dios adoras,  
 en estático y mudo arrobamiento,  
 y con callada voz perdon imploras.  
 Alza ta frente mística  
 y contempla del sol la luz serena,  
 tras largas horas de ignorada angustia  
 tu bienandanza labras;  
 tiembla de gozo santo, Magdaler a,  
 y oye de Jesucristo las palabras.  
 —Muger ha tiempo que tu mente sigo,  
 mager há tiempo que tu voz escucho,  
 cuando en tu pensamiento hablas conmigo:  
*Yo te perdono porque amaste mucho.*  
 Del mal rompiste con vigor los lazos,  
 levántate del suelo  
 que Dios te acoge en sus paternos brazos.  
 ¡Quien su pecado llora, gana el cielo!

*Larmig.*

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

Albareda no podía dar á nadie respuesta satisfactoria, porque en verdad le eran desconocidas aun las causas de aquel accidente.

Don Luis también noticioso de lo ocurrido, vino con los demás á tratar de averiguar algo de cierto, pero si la curiosidad había sido el móvil que guiara á los más, podemos asegurar que en el semblante del señor de Vidal se pintaba una expresión de sincero interés, que á nadie hubiera podido engañar.

El honrado don Luis estaba verdaderamente consternado y aun á veces se acusaba á sí mismo por haber traído á Nina á aquella casa, y por no haber pensado en quitar el retrato de don Diego de aquel sitio tan visible y tan expuesto á que la pobre niña fijase su atención en él.

Don Luis deseaba en verdad ver acercarse á Nina y á su señor: había buscado los medios de que el anciano conociese á aquella criatura tan olvidada hasta entonces, pero ahora se arrepentía de su imprudencia y no sabía á donde podrían llegar los sucesos.

Oh! él pensaba que había algo de providencial en aquella enfermedad que detenía á Nina bajo el techo de sus mayores, pero ¿quién podía adivinar el resultado de aquella coincidencia? ¿quién podía saber el término de todo aquello?

El era el único sabedor de los lazos tan íntimos que ligaban á aquellos seres, y sin saber qué hacer fué á situarse en la antecámara del cuarto que ocupaba Nina, y aguardar allí que una inspiración del momento le marcara la senda que debía seguir.

Pasadas algunas horas, los asistentes á la reunión se fueron retirando y los salones quedaron vacíos.

Entonces Clara volvió á su estancia, se despojó de su traje de baile, y cubriéndose con ligero peinador fué á sentarse junto á la cama de la pobre niña, á quien la mano de Dios acaso había obligado á tener asilo en aquella casa, como al débil pajarillo le dá protector abrigo bajo las ramas del árbol frondoso.

Nina se hallaba entregada á un profundo sopor, producido por los medicamentos que le había ordenado el doctor.

Sin embargo, el subido color de sus mejillas y su respiración agitada y fatigosa, demostraban bien claramente que una fiebre lenta la abrasaba, y que estaba realmente más enferma de lo que todos habían pensado.

Clara la contempló algunos instantes con pesar y murmuró para sí:

—Pobre niña! no tiene una madre que vele por ella; el interés que inspira es en unos curiosidad, egoísmo ó cálculo en otros; pero ¿quién la amará realmente?

La joven quedó pensativa por algunos instantes: miró en torno suyo y vió á la doncella dormida en una butaca inmediata. Recordó que Adrianesi, dominado quizá por el cansancio y por el silencio que reinaba en la casa, se había dejado vencer por el sueño también, en la habitación inmediata, y murmuró de nuevo.

—Mucho la amaré ese hombre, pero sin embargo no es su padre, ¿si lo fuese no podría permanecer tranquilo allí? estaría á su lado!

Clara era un ángel, ya lo hemos dicho: pensó en su madre y se dejó caer en una silla junto á aquel solitario lecho, resuelta á velar por la pobre huérfana que yacía postrada en él.

Las horas pasaron y la respiración de la enferma se hizo más fatigosa, y su sueño más agitado.

De sus labios secos empezaron á escaparse sonidos inarticulados en un principio, después palabras confusas, luego frases incoherentes y formuladas por el delirio.

En su mente, agitada por mil fantasmas distintos, aparecían en confusa mezcla los recuerdos de su infancia, la historia de su madre, referida en presencia suya por el padre Antonio, la imagen de su padre, ¡todo! y de todo hablaba, lo recordaba todo con una volubilidad indecible.

Clara la escuchaba asombrada y palpitante.

El título de su tío mezclado á las palabras de Nina, el nombre de Diego repetido mil veces entre aquel delirio: la impresión causada en ella por la vista de aquel retrato; aquella repentina emoción, profunda hasta el extremo de producir en la huérfana tan completo trastorno, todo aquel cúmulo de circunstancias en fin, atrajeron á la mente de Clara mil ideas que no podía definir, pero que la probaban que entre su familia y el pasado de aquella niña existía un secreto, y este secreto era un lazo misterioso que las iba á unir en adelante.

Cada vez que Nina se agitaba en el lecho, cada vez que formulaba una queja, Clara se incli-

naba hácia ella, estrechaba sus manos, la cubria con las ropas del lecho, y procuraba calmarla á fuerza de caricias, y murmurando á su oido palabras dulcísimas de compasion y de consuelo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuacion.)

Una amiga, una hermana! y así el instinto celoso de la esposa, con el auxilio de la gracia fué ahogado en su principio por la virtud de la cristiana.

El día siguiente encontró á la Sra. de Thérigny que estaba peor, á lo que contribuia la influencia de un tiempo frio y sombrío. Estaba en cama y se quejaba de no hallarse bien en ella.

—Esa Clemencia es muy torpe, ni siquiera sabe arreglar las almohadas, dijo gimiendo.

—¿Quieres que lo haga yo?

Leontina sin aguardar respuesta se aproximó y con mano suave y ligera pudo conseguir dar á la enferma una posicion mejor. Trató de hablarle un poco, pero Julia estaba demasiado rendida para seguir la conversacion; leyó sin embargo algunas paginas de Javier de Maistre, interrumpida a cada instante por una voz quejosa que le pedia un poco de agua, una cucharada de caldo, o le rogaba correr la cortina ó levantar las almohadas. Leontina obedecia con toda paciencia y la sonrisa en los labios, y cuando se fué, Julia le tendió la mano y le dijo en tono más afectuoso que de costumbre:

—Gracias, Leontina.

A los pocos días Leontina, que apenas se movia de su lado, observó que Julia marchaba con paso rápido, segun el lenguaje de la sagrada Escritura, hacia la casa de la eternidad. Su cuerpo no hallaba descanso, y ante su espíritu empezaban á aparecer esos nubarrones precursores de tinieblas mas densas aún. No podia seguir conversacion alguna por corta que fuese; toda lectura la fatigaba. Leontina, tenia á sus ojos el espectáculo mas deplorable que darse puede: el de un sér que nunca ha pensado en su alma

y á quien un Juez severo va á pedir estricta cuenta de este depósito sagrado. Julia conocia su posicion, el médico no se la habia ocultado, y no obstante empleaba sus últimas fuerzas en apartar los graves pensamientos y saludables temores que la asaltaban; no oraba, pues ni siquiera lo habia verificado maquinalmente por la costumbre adquirida desde la infancia, como hacen muchos pecadores, y cuando Leontina trataba de hablarle de Dios, de las esperanzas de la eternidad, de la bondad de Jesucristo y de su amor para con los hombres, se encontraba con que Julia no la comprendia, tan extraña era á las ideas de la fé, ¡tan difícil es aprender á la hora de la muerte lo que se ha querido ignorar toda la vida!

Sin embargo, no la dejaba, oraba, hacia orar á Juana y á Teresa, y pasaba junto á Julia todos los momentos de que podia disponer. Asistiala con ternura, con amor, esperando siempre hallar un momento propicio para llamar á la puerta de su corazon cerrado; pero nada daba muestras de aprovechar, y la debilidad, creciente á causa del mal, dificultaba el éxito de todo esfuerzo cada vez más. No por esto dejaba de manifestar agradecimiento á Leontina, y algunas veces al ser objeto de esos cuidados minuciosos, penosos, ingeniosos, que sólo sabe inspirar la caridad, la miraba con sorpresa, como confundida por un celo tan admirable.

Una noche al dejarla, Leontina le dijo:

—¿Yo rezaré por tí!

—Si, contestó Julia con voz lánguida.

—¿No quisieras tú rezar también?

—¿Recobraría la salud si rezara? exclamó animándose.

—Tal vez, y en todo caso estarias más tranquila.

Pareció que reflexionaba.

—Reza á mi lado, en alta voz, dijo.

Leontina obedeció, y rezó con lentitud el Padre nuestro y el Ave Maria. Julia trató de repetir estas oraciones, pero la memoria le faltaba, y sus palabras espiraban confusas en sus labios; no pudo continuar.

—Esto me cansa, Leontina, ya rezarás tú.

El día siguiente Clemencia, la camarera, dijo en voz baja á Leontina:

—La señorita está mejor hoy; pero el médico ha dicho que esto no puede durar. Será cosa de uno ó dos días.

Aquella animacion engañosa que suele anunciar la muerte, aparecia en efecto sobre las facciones de Julia, que recibió á Leontina con interés, y se puso á hablarle de su próxima curacion pero á medida que el día avanzaba, esta fuerza

febril declinaba con él, viéndosela desaparecer como la luz de una lámpara que ha consumido el aceite: la palabra era más lenta, la mirada más lánguida, la palidez del rostro más marcada. Dijo al fin con una voz que apenas se percibía:

—No me encuentro tan bien como hace poco.

Sucedió un profundo silencio: el crepúsculo caía, y cada vez que Leontina alzaba los ojos se encontraba con los de la enferma, fijos sobre ella pensativos y preocupados.

—Leontina! dijo por fin; Leontina escuchame. Desde el anoche me siento peor, mucho peor; talvez no curaré... Quisiera decirte una cosa.

—¡Habla, querida Julia!

—Tú eres muy buena para mí, sí, muy buena y te lo agradezco mucho. Esto me confunde, pues yo te he faltado... No acierto á explicarme... pero, en fin, reconozco que te he ofendido... ¿Querías perdonarme?

—¡Oh! De todo mi corazón, del fondo de mi alma! exclamó Leontina abrazándola.

Encontró en sus labios dos lágrimas, lágrimas de dolor y arrepentimiento; repitió el ósculo, y esta vez con la ternura de una hermana.

—Está bien, no te vayas, quédate conmigo, tengo miedo. ¡Si supieras qué sueño más espantoso he tenido esta noche!...

Julia lanzaba en el vacío miradas de terror; la hora suprema se acercaba á pasos agigantados, y Leontina creyó deber tomar una resolución definitiva. Escribió un billete al Cura de la parroquia y se lo mandó inmediatamente. Cuando el sacerdote llegó, la enferma empezaba á manifestar una agitación extraña, esa agitación postrera que precede al descanso sin término; repetía con frecuencia:

—¡Tengo miedo! ¡tengo miedo!

—No tengas miedo, le dijo Leontina con mucho cariño y amor; aquí está tu párroco que viene á verte: su presencia te calmará; viene á consolarte, ¿quieres que entre?

Julia hizo con la cabeza un signo afirmativo, y Leontina se retiró, introduciendo al párroco en el aposento. Cuando volvió al cabo de una hora, Julia parecía tranquila; tenía las manos juntas, y con los ojos le hizo seña para que se acercase.

—Me he confesado, dijo; el sacerdote dice que no debo tener miedo; me ha hablado de la bondad de Dios; me asegura que debo tener esperanza... Yo no comprendo bien, pero si viviera me instruiría y obraría de otra manera... Adios, Leontina, ¡perdóname! ¡perdóname!

Murió al cabo de una hora en el momento en que el párroco acababa de administrarle la santa unción.

El día siguiente su marido le dijo:

—Has cuidado mucho á Julia; sin embargo, ella te quería muy poco á tí: esto no deja de ser meritorio.

—Era parienta tuya, René, lo cual bastó para que yo la asistiese.

—¿Y has sentido su muerte?

—Me ha conmovido sobre manera.

—¡Es edificante, caritativo! pues bien: yo la he sentido muy poco. ¡Mi prima era tan egoísta, tan déspota!

—Dejemos en paz á los muertos, respondió Leontina con gravedad. ¡Qué los juzgue Dios!

#### CORRESPONDENCIA.

Olivenza. Señora doña V. R. de B., recibidos los 4 rs., la señora de que nos habla la tenemos en alto aprecio.

Porcuna. Señor don E. F., en nuestro poder su letra con la cual deja pagado todo el año 81, advirtiéndole que el que publicamos es el 80.

Paterna. Señor don F. R., con las 7 pesetas que envía deja pagado hasta fin del 80.

Picaset. Señor don V. E., recibidos los 14 rs.

Pozo blanco. Señor don D. R., con los 30 reales que nos envió deja pagado hasta fin de marzo del 81, y con los cien reales pagó las obras.

Palacios Rubios. Señora doña P. C., en nuestro poder los 24 rs.

Puebla de los Infantes. Señor don J. C., en nuestro poder las ocho pesetas, si es para usted un inconveniente los pagos en libranzas, puede hacerlo en sellos de franqueo.

Lalin. Señora doña C. F. de P., deja pagado hasta fin de junio del 80, que es el año que estamos publicando.

Villar del Rey. Señora doña C. S., recibidos los 12 rs.

Isla de Hiero. Señora doña A. B., tiene V. abonada su suscripción y el no haber recibido los números es por el retraso que han tenido.

Centa. Señor don H. A., sin duda por una equivocación dice en la suya que nos remite 12 rs., pues dicha cantidad no venía en su carta.

(Continuad)